

dad, con el que poseen en Europa las mugeres que se encuentran en las mismas circunstancias respectivas.

Un dia de la vida de las señoras americanas explicará mejor mis ideas y hará comprender mas claramente su nulidad social : permítaseme pues bosquejar la historia de un dia de una dama principal de Filadelfia.

Se dirá tal vez que la parte mas importante de la historia de una muger es la que contiene su maternidad. Asi lo creo yo tambien; pero el objeto que me propongo ahora es el ascendiente social y no la influencia doméstica de las mugeres.

Nuestra dama será esposa de un senador, jurisperito que por su ciencia y por su práctica goza de la reputacion mas alta. Tiene una hermosísima casa con escaleras y pilastras de mármol blanco, y aldabon de plata y picaporte tambien de plata de un trabajo exquisito; y tiene salones hermosísimos, mui hermosamente alhajados (en uno hai un armario, pero no importa, es mui hermoso y contiene redomas mui hermosas, y jarrones de cristal tallado); y tiene un carruage mui hermoso, y un hermosísimo cochero, negro libre, y un hermosísimo lacayo, negro libre; y siempre está hermosamente vestida; y por remate es una muger hermosísima.

Levántase de la cama por la mañana : la

hora primera se emplea toda en el tocador, arreglando con la mas escrupulosa minuciosidad todas las partes del vestido. Baja en seguida á su sala primorosa, tiesa y callada : sirvele su almuerzo el lacayo negro libre; come su jamon frito y su pescado salado, y toma su café con un silencio profundo, mientras su marido lee un periódico y se pone otro debajo del codo; luego lava tal vez las tazas. Su carruage estará á la puerta á las once; hasta esa hora está empleada en la repostería, con su delantal blanco como un armiño que protege otro de seda color *de raton*. Veinte minutos antes de que se presente el coche á la puerta, se retira á su habitacion, como ella la llama, sacude su delantal todavia limpio, lo dobla, pasa la mano por encima de su rico vestido para sentarle las arrugas y huecos, y con sumo cuidado se pone su sombrerillo elegante, y todas las demas *etcéteras* del tocado. Baja al mismo tiempo que su cochero negro libre avisa á su lacayo negro libre que el coche aguarda. Entra en él y da la órden : « A la sociedad de Dorcas. » Su lacayo se queda en casa limpiando los cuchillos, pero su Automedon confía en la lealtad de sus caballos, y los deja bajo su palabra, mientras abre la puertecilla del coche, y su señora entra sana y salva, como sale, sin echar de menos ni el brazo ni la mano que jamas le han ofrecido,

aunque ella tiene las suyas ocupadas una con una canastilla de costura, y otra con un rollo de todas esas prendas indefinibles que las damas regalan á la sociedad de Dorcas. Entra en la sala de la reunion; allí se encuentra con otras siete señoras mui semejantes á nuestra señora, y se coloca entre ellas: presenta su contribucion que una sonrisa general del círculo aplaude, y sus retazos de vendo, sus cabos de cinta, sus alfileres de monja, y su papel de oro, se juntan con los retazos de vendo, los cabos de cinta, los alfileres de monja y el papel de oro, de que está ya cubierta la mesa; tambien saca de su canastilla tres acericos acalados, cuatro limpia-plumas, siete pajuelas de papel, y una relojera de carton: todo esto se recibe con aclamaciones, y la señora mas moderna presente lo deposita con mucho tiento en varios estantes entre una prodigiosa multitud de artículos de la misma laya. Nuestra dama termina la ceremonia mostrando su dedal y pidiendo trabajo. Dánselo en efecto, y las ocho señoras se ponen á coser juntas algunas horas. Su conversacion es de ministros de la religion y de misioneros; de las ganancias de la última venta; de sus esperanzas para la inmediata; de sus dudas sobre si el jóven Mr. tal ó el jóven Mr. cual recibirá sus productos para remitirlos á Liberia; del feísimo

sombrero que vieron en la iglesia el *sábado* (domingo) por la mañana, y del mui hermoso predicador que ofició el *sábado* (domingo) por la tarde. Esto dura hasta las tres que vuelve el coche, y la señora y su canastillo vuelven á casa: ella sube á su habitacion, se quita con el mayor cuidado su sombrero y demas atavíos, se planta su delantal cortado de seda negra, da una vuelta por la cocina, por ver si está todo arreglado, baja al comedor, y habiendo pasado revista á la mesa puesta para comer, se sienta, esperando á su esposo con la labor en las manos. Llega al cabo el esperado esposo, da la mano á la muger, escupe y come. La conversacion no es larga, bastando diez minutos para despachar con la comida; á la cual suceden fruta y copa, el diario y la bolsa del trabajo. Por la noche nuestro caballero, que es un sabio, va á la sociedad Wisterana, y de vuelta juega su partida obligada en casa de un vecino. La señora recibe á un jóven misionero, que le acompaña á tomar el té, con tres miembros de la sociedad de Dorcas. Asi se acaba el dia de la señora principal de Filadelfia.

Por razones, que no estan al alcance de los Ingleses, vive un gran número de matrimonios jóvenes en casas de posadas, ajustándose por años en lugar de poner su casa y empezar á formar su ajuar, ó como dicen en el país, « ir

al manejo de casa. » No es menester advertir que esta observacion no se extiende á las personas acaudaladas, pero incluye muchísimas, cuya categoría social haria semejante manera de vivir absolutamente imposible entre nosotros. Apenas puedo imaginarme que haya un medio mas eficaz para consolidar la nulidad completa de una muger que el de casarla á los diez y siete años y llevarla á una casa de posadas. Ni se me ocurre tampoco vida mas monótona y triste para la pobre muger.... sin embargo eso es materia de gusto, y yo he oido decir á mas de una señora que en eso consiste « el complemento de la felicidad doméstica, porque en nada se tiene que pensar. » A pesar de todas esas seguridades, yo experimentaba, siempre que las veia, un sentimiento que lindaba con la lástima y el desprecio, al contemplar su existencia.

¿Cómo sufriría semejante vida una Inglesa recién casada, cuyo corazon y cabeza no abrigan mas idea ni deseo que de poseer

« Una casa ordenada, hogar sabroso  
Do hacer feliz al adorado esposo? »

La pensionista debe levantarse temprano para llegar á la mesa á la hora señalada del almuerzo, si no se contenta con un saludo mui tieso de la parte de la señora presidenta, café frio, y las cáscaras de los huevos. Yo solia divertirme

infinito en semejantes ocasiones mirando pasos, en que los gestos decian mas que las palabras, ó en que por mejor decir, casi todo era pantomima. La apresurada pero tarda señora echa una ojeada por toda la mesa, y convenida de que no le han dejado un huevo, prorrumpe en una indicacion directa : « Quisiera tomar un huevo, si se me hace el favor de dármelo, » dice; pero como á nadie se dirige en particular, nadie le responde, á no ser que su marido esté en la mesa antes que ella, y le responde : « No hai huevos, mi querida. » La señora presidenta está sorda durante este diálogo, y el ladino que se ha engullido el huevo de la persona ausente (porque solo se saca á la mesa huevo por boca) no deja de estar algo inquieto por si lo descubren. Prosigue el desayuno con un silencio sombrío, excepto cuando unas veces un loro y otras un canario suelen soltar alguna nota tímida. El almuerzo acabado, los caballeros se van precipitadamente á sus ocupaciones, y las damas van subiendo tranquilamente la escalera, y quedándose estas en el primer piso, siguiendo las otras al segundo, y las demás al tercero, en proporcion inversa de la cantidad de *dólares* que cada cual paga. Todas se entierran en sus cuartos, sin que sea fácil adivinar lo que hacen allí; no obstante yo me persuado que almidonan un

II.



poco, y planchan un poco, y se sientan en una silla á mecerse, y cosen mucho. Segun mis observaciones, las señoras que vivian en esas casas de pension, llevaban collarines y demas ropa mucho mejor trabajada que las otras. El arado es apenas un instrumento mas benéfico en la América del Norte que la aguja. ¿Cómo vivirian sin ella? Sin embargo el tiempo y la aguja cansan al fin de la mañana, y gracias que las mañanas americanas no son mui largas aunque se almuerza á las ocho.

Generalmente sobre las dos se vuelven á reunir los caballeros pensionarios con las damas pensionarias para comer. Se habla poco en la mesa, excepto uno que otro cuchicheo entre esposo y esposa. A veces suele una insolente botella flanquear el plato de un individuo ú dos; pero en nada contribuye á la alegría de la mesa, y rara vez toman sus dueños mas de un vasito para sentar la comida. Los señores de la Union no beben ni entoncés ni allí. La silenciosa comida se concluye pronto, mui pronto, y si subís la escalera, cuando todos se han retirado, olereis la fragancia del cigarro, que sale de los cuartos de las mas tiernas é indulgentes esposas, y que indica la felicidad que disfrutan las parejas que los ocupan. Cuando el marido es mui urbano, suele, luego que ha consumido su cigarro y apurado su

trago, ofrecer el brazo á su muger, que lo acompaña hasta la esquina de la calle, donde está su almacén ó su oficina; allí la deja y ella se vuelve por donde se le antoja. Como esta es la hora de estar de tiros largos, naturalmente elije siempre el camino por donde la han de ver mas. Quizas hace unas cuantas visitas; quizas va á la capilla; ó quizas entra en un almacén con el cual trafica su marido, y se aventura á ordenar algunas cosillas, y del almacén vuelve á su casa: no, no á su casa; yo no daré semejante nombre á una casa de posadas, donde entra á sepultarse en la atmósfera sepulcral en que vive, donde jamas entra la hospitalidad, y donde el interes y no el afecto toma á su cargo la direccion de la vida doméstica. Vuélvense á reunir otra vez todos para el té: un observador perspicaz puede descubrir la trampilla con que se reparte la torta y demas. Despues de eso, los que tienen afortunadamente compromisos ó citas, se van á toda priesa; los que no, se retiran á la soledad de su habitacion, ó, lo que me parece mucho peor, se quedan en la sala comun en una sociedad que no se cimenta sobre lazo alguno, que la estrechez no endulza, que no debe su origen á la eleccion y que el mas leve motivo romperá. Noté que los hombres por lo comun tenian que hacer de noche y por

lo tanto que salir : esa disposicion confieso que me sorprendió.

Es imposible que de ese modo egerzan las mugeres en la sociedad la influencia que se les permite en Europa, y á que los sabios y las gentes de experiencia atribuyen de comun acuerdo tan saludables efectos. En vano se forman « institutos colegiales » para las niñas, en vano se confieren á las jóvenes « grados universitarios : » la nulidad lamentable de las Americanas aparece despues que se casan, y cuando se han olvidado todos los esfuerzos que se hicieron en los dias de libertad para alcanzar una rama del árbol de la ciencia. Hasta que semejante nulidad no se remedie, me atrevo á vaticinar que no mejorará nunca el trato de sus estrados.

Estando yo en Filadelfia, excitó mucho la atencion pública la suerte de dos reos convencidos de haber robado el correo de Baltimore, que estaban condenados á muerte. En América es tan rara la aplicacion de la pena capital, que cada vez que se condena á un criminal se conmueve todo, y todos se ocupan de la egecucion con el interes que inspira un grande acontecimiento. La que se acercaba entonces era el objeto frecuente de la conversacion de la mesa de la pension, y un dia nos dijo un caballero que aquella mañana le ha-

bian asegurado: que uno de los reos habia dicho al eclesiástico que lo visitaba, que estaba cierto de que seria conmutada su pena. Repitióse el cuento por todas partes, y cada dia cobraba mas consistencia, hasta que á fuerza de discusiones y comentarios, se concluyó que no solo era cierta la anécdota, sino que el reo no carecia de fundamento en su esperanza. Por las conversaciones diarias sobre este asunto supe : que uno de los reos era Americano y otro Irlandes, y que el primero era el que tan firmemente estaba persuadido de que no lo ahorcarian. Varios de nuestros comensales, discuriendo en la materia, declararon que si el uno era perdonado y el otro iba á la horca, seria su muerte un asesinato y no una egecucion legal. En el curso de la discusion se sentó como un hecho cierto, que casi todos los blancos, que habian sufrido la pena de muerte desde la declaracion de la Independencia, habian sido Irlandeses. Que verdad haya en esta asercion general, no es cosa que tengo medios de determinar : todo lo que sé yo, se reduce á lo que oí. En el caso sin embargo de que puedo hablar, el Irlandes fué ahorcado y el hombre del pais no.

